

Cuando el alboroto más se sentía en la plaza, a la espera de sus reales majestades, se escuchaba como aquellos, a lomos de sus caballos, bajaban por las callejas hacia el Arco de Guerra, y se los esperaba con ansía mientras ellos continuaban por la calle Real y subían a la plaza Mayor donde, a las puertas del Ayuntamiento los esperaba en pleno el consistorio municipal encabezados por el eterno alcalde don Julián Ortega



embutido en su abrigo oscuro. Luego aparecían, rodeados del oscilar de las antorchas, a través del Arco de San Juan, en la plaza, y se iban situando al fondo, a esperar la llamada que, a través del megáfono se iba anunciando.

-Y los pastores se acercaron al portal...

Y se acercaban los pastorcillos y pastorcillas, con sus corderos y sus gallinas, y sus cantarillos de leche.

Y Melchor con su oro y su corte, y Gaspar con su incienso y Baltasar con su mirra, y luego, como en un acto que parecía ensayado, mientras los magos, calle de Cervantes adelante se retiraban a su palacio a recoger lo que les pudiera faltar, los chiquillos del pueblo corrían a sus casas, a esperarlos con un ojo abierto y el otro también en la oscuridad de la sala.

Hasta advertir que, por calles y callejones, iban desfilando los magos, llamando a las puertas, para dejar en ellas un caballejo de

lata, o un cochecito de madera, o... una ilusión.

Mereció la pena que aquello se iniciase, y mereció la pena ver los ojos de alegría, o de sorpresa, de tantas criaturas que, por aquel entonces, descubrieron que, en Atienza, había unos reyes magos, aunque bajo la tintura de sus caras se ocultasen los mozos del pueblo, los



Arias, Castell, De la Fuente, Roldán, García...

Luego había fiesta de mozos, para celebrar una cosa, que la juventud de Atienza, todos a una, habían hecho felices a los más pequeños.

Fotos: T. Gismera.